

LUNA DE PLUTÓN II
LA GUERRA DE
YSAAK
BY DROSS



LA
GUERRA
DE
YSAAK

BY DROSS

,

*«Demostrémosles que no están aquí por nada.
Demostrémosles que lo valemos. ¡No por
nuestros hermanos, amigos o dolientes, sino
porque no nos dejaremos arrastrar hacia la
nada! ¡Demostrémosles que queremos vivir! »*

PRELUDIO

Olvídate de la Tierra. Esta es una historia que se desarrolla en un lugar lejano, en un planeta bautizado por sus habitantes como Yóvedi.

Yóvedi es más grande que la Tierra (considerablemente más, de hecho), pero tampoco importa, porque no tienen nada que ver uno con el otro, a excepción de una cosa: poseen vida inteligente.

Es un mundo morado y brillante en el que se pueden distinguir nubes blancas y naranjas cuando uno las mira aun desde lejos, y también se pueden ver las arrugas del agua cuando uno se acerca a la estratósfera... Si uno fuera un poco más allá, podría ver (además) algunos picos altísimos y oscuros. Desgraciadamente, eso no es prudente porque ya en ese punto, uno estaría en vías de desplomarse contra el suelo envuelto en una bola de fuego y pues vaya porquería...

Lo importante es lo siguiente: hay vida, y mucha. De todas clases, todos los tipos y gran variedad de colores. Si conviven en paz o no, todavía no lo sé...

Lo cierto es que escribo sobre Yóvedi porque ahí es donde se desarrolló una historia que vale la pena contar...



Todo empezó en un bosque muy grande. Tanto, que incluso desde la colina más alta el manto del valle puede escapársele de la vista a cualquiera. Hay lugares muy altos y montañas ariscas que, de lejos, parecen los dientes inferiores de una bestia. Los pinos se apiñan unos con otros, son de esos tan frondosos y verdes que parecen húmedos, con troncos milenarios y copas que tomadas de la mano lo coronan todo e impiden mirar el cielo. Los suelos son de una grama tan copiosa que se asemejan a un manto espeso.

Más allá se encuentra un cañón y, a lo largo de este cañón, hay una ciudad. A simple vista parece una versión infinitamente más compleja de los Jardines Colgantes de Babilonia. Es bella, de edificios modernos y enormes,

y regala una visión fantástica. Los lagos entre la ciudad no se preocupan de despilfarrar belleza, llenos de agua tan cristalina que a uno le cuesta pensar por momentos que no están en realidad vacíos.

Hay largos puentes y pasadizos entre áreas y edificios, sostenidos por columnas que derraman lianas y que al combinarse, dan esa apariencia tan anacrónica de lo tribal con lo moderno. Y un elemento que, de la mano con toda la exquisitez visual, pone la fresa: árboles rodeando cada avenida, cada calle, cortejando cada edificio y acompañando los palacios que se elevaban en muchos picos.

La ciudad nació con el nombre de Solaris (pero por sentir sus autoridades que de una u otra manera era muy cliché y poco original), pronto se lo cambiaron a Solares.

La brisa soplaba fresca sobre Solares, y un enorme sol anaranjado se ocultaba entre los picos de la lejanía, casi siempre enmascarado como una rosa entre las nubes.

Yóvedi tiene un clima muy clemente (he ahí uno de los factores fundamentales que lo diferencian de la Tierra, donde el calor no se conforma con ser calor, sino que además es un monstruo cruel).

Prosiguiendo: dos criaturas muy simpáticas, que provenían de Solares, estaban fuera de la ciudad, paseando...

Una cosilla: cuando digo «dos criaturas muy simpáticas» puedo dar la falsa impresión de que son dos ositos de peluche de cuarenta centímetros y pues no...

Empecemos porque uno de ellos medía un metro ochenta y ocho y el otro sobrepasaba el metro noventa. No eran humanos, sino animales. Y si a un hombre común y corriente le tocara describirlos, diría escuetamente que eran «de esos que caminan en dos patas y hablan».

Estos seres antropomorfos tienen la terrible característica de poseer casi cuarenta veces más fuerza o destreza que un hombre, y eso hace posible que puedan alejarse mucho de su ciudad, sin preocuparse demasiado por regresar a hacer lo que tienen que hacer, cuando para nosotros es comúnmente la hora de la cena.

En determinado momento, después de haber estado mucho tiempo hombro a hombro en silencio, el más alto le dijo al más bajo, mientras apartaba unas ramas:

—Por ahí hay un claro.

Y el más bajo, que no solo tenía apariencia de lince sino que además al parecer era uno, se acomodó los anteojos transparentes y siguió con la mirada el lugar que indicaba el dedo de su amigo.

—Vamos.

No pasó mucho antes de que se sentaran sobre el cuerpo chamuscado de lo que hacía muchas noches debió haber sido una fogata.

Cuando se sentó, el tigre se sacó la camisa y la colgó en una rama que sobresalía por ahí. El sol estaba en su punto más alto, empezaba a hacer un poco de calor. El lince simplemente optó por quedarse sentado, con el brazo rodeando las rodillas. Sus cabellos, bien distribuidos alrededor de la cabeza, le llegaban por debajo del mentón, las orejas enormes permanecían alzadas como si estuviera esperando escuchar algo, y por momentos los anteojos que llevaba puestos hacían ver sus entrecerrados ojos amarillos más amarillos.

—Y... aquí estamos.

—Aquí estamos —repuso el felino menor.

—Bosque y más bosque y más bosque y más bosque... No hay nada más interesante que ver más allá...

—Ajá.

Hubo varios segundos de silencio.

—¿Trajiste los porros?

—Claro...

El lince hurgó en el bolsillo de su camiseta y extrajo varios cigarrillos alargados, algunos de ellos estaban tan mal enrollados que el menjunje verde intentaba salirse por el costado.

El tigre agarró uno como si fuera una papa frita y se lo colocó en la punta de la boca.

—¿Fuego? —preguntó, con esa voz típica de quien parece estar hablando con un papel entre los dientes.

Su compañero alargó un encendedor y esperó con paciencia a que el ojo de hierba que rodeaba el papel ardiera.

—¿No vas a fumar?

—Claro...

El joven se colocó el suyo en la boca y lo encendió, con esa pericia propia que resalta en quien entrecierra los ojos al mínimo y protege la llama haciendo barrera con la mano.

Su amigo suspiró, tomó el cigarrillo cuidadosamente entre los dedos y lo observó de cerca, con una especie de fascinación.

El otro dio una bocanada sin decir nada, observándolo.

—Y, bueno... —repuso entonces, pausadamente, dispuesto a no seguir yéndose más por las ramas—. ¿Vamos a hablar del tema?

—Cuando gustes.

Entonces el tigre desvió la mirada.

—Empezamos a hablar sobre esto hace dos días...

Se detuvo un segundo, a ver si el otro tenía algo que aportar. Al parecer, no. Solo se limitaba a observarlo...

—Y llegamos... Llegué a la conclusión de que no me gusta que quieras tener algo con Tabi.

Volvió a detenerse prudentemente a ver si esta vez el lince cambiaba de parecer, pero seguía en silencio.

—Y el pretexto para eso (y digo pretexto porque bien sé que es algo tonto de mi parte) es que jamás me sentiría cómodo al verlos juntos, porque tú sabes que ella y yo fuimos novios por dos años. Solo imagínate tener que salir los tres...

—...

—Eso por no decir —se apresuró a agregar— que el solo hecho de que sean novios ya de por sí es incómodo, sin muestras de afecto público de por medio. Además, no querría tener que ser un punto de incomodidad para ustedes dos tampoco...

El lince se quitó el cigarrillo de la boca.

—Así que la solución perfecta sería que no fuéramos novios...

El gato más grande giró la mirada por un momento.

—Sagitta, yo no te estoy diciendo que no seas novio de ella, no te lo estoy prohibiendo, y para los efectos, no puedo hacerlo, pero a mí en lo personal, pues, me... Me afectaría verlos juntos. Fuimos novios por dos años y tuvimos algo bastante serio...

—Pero ya no, ¿verdad?

—No —contestó con poco convencimiento.

—Y no has podido dejarlo atrás.

Sagitta pronunció esas últimas palabras en un tono en el que cada letra parecía balancearse afiladamente entre un golpe al mentón y un simple comentario.

—No es que no haya podido dejarlo atrás, es que es una cuestión que simplemente es como es. Cuando tú tienes una ex y ves que sale con otra persona, en cierto grado, en cierta medida, te afecta, aunque ya no sea tu novia.

—A mí no me pasa eso.

El tigre siseó, irritado. Sagitta, fumando, lo seguía observando sin inmutarse.

—Eres un mentiroso. Te pasó con Kasdeya.

—Kasdeya es otro asunto —contestó, soplando el humo.

—Llevabas con ella tres años cuando la relación colapsó y entonces no me digas que no te afectó verla con el pajarraco. Y ahora, yo estoy pasando por lo mismo que tú, solo que en vez del pajarraco, la voy a ver contigo.

—Lo que me afectó a mí no fue el pajarraco sino simplemente Kasdeya en sí, pero eso no importa... Ahora veo bien qué te molesta.

Dicho eso, sintió una mezcla de incomodidad con vergüenza. Hubo varios segundos de silencio.

Sagitta sostuvo la colilla con dos dedos, golpeó la punta con la yema, se deshizo de las cenizas, y preguntó:

—Entonces, ¿cómo te lo vas a tomar?
Se encogió de hombros y miró al suelo.
—Bueno, podría matarte ahora mismo.
—Hmm...

El lince arrojó la pequeña colilla oscurecida con un capirotazo, el silencio incómodo volvió a cundir.

—¿Tú crees que esto afecte nuestra amistad, Sagitta?
Este sonrió.
—No sé...

—Eres un bastardo. ¿Cómo te vas a reír?
—Me hacen gracia tus preguntas estúpidas.

La cabeza del tigre parecía un globo hinchado.

—Tan sensible y al mismo tiempo, tan bestial —repuso—. Me acuerdo hace un año, cuando Fibi... ¿Fibi, verdad? Sí, peleó contigo por Internet.

Antes de que Ysaak pudiera responder nada, su amigo continuó:

—Aquella noche, conectada, aprovechó para decirte todas las cosas que te merecías por el Mensajero, sin tener idea de que serías capaz de ir para allá...

Hace cuatro años

FibiBunny (I) dice:

...Y para que lo sepas, eres un egoísta y un imbécil.

FibiBunny (I) dice:

¡Imbécil!

FibiBunny (I) dice:

Vete a hacer gárgaras con lo peor que puedas encontrar.

FibiBunny (I) dice:

Me cansas. Tú y tu felinismo chauvinista.

Tiggon the Great dice:

...

FibiBunny (I) dice:


Tu soberbia y tu arrogancia.

FibiBunny (I) dice:

No sé ni qué te vi...

FibiBunny (I) dice:
¡Estúpido!

FibiBunny (I) dice:
¡Uff!

Fibibunny (I) dice:
Ya era hora de que alguien te dijera tus verdades en la cara, y me
alegra
que no vaya a volver a verte más. 

FibiBunny (I) dice:
¿Y sabes qué más? PRRRRRTZ.

FibiBunny (I) dice:
¡Ja!

FibiBunny (I) dice:
Idiota.

—Al día siguiente, por la tarde, cuando tocaste la puerta de su casa y ella te abrió, debió haber pegado un grito tal que me extraña que no la haya escuchado yo mismo, dos segundos antes de que le saltaras encima.

—Eh, espera un minuto, eso a ella le gustó.

—Claro que le gustó: de hecho, Tabi y yo tenemos la teoría de que en realidad sí sabía que tú ibas a hacer eso. Solo que ninguno lo dice. Son un par de pervertidos. Se complementan bien.

Ysaak no tardó en aislar la frase «*Tabi y yo*», que hizo que su estado anímico bajara un par de escalones. Lo resintió.

—Pero no te preocupes, no voy a ahondar más en mi teoría ni a decirte que Fibi sabía nada —propuso Sagitta—. Sé que eso le quitaría toda la gracia a la anécdota... Así de bestia eres.

«Me duele porque todavía estoy enamorado de Tabi, ¿verdad?», pensó.

Y no podía decírselo a Sagitta, no a estas alturas. Ahora, el tigre no podía hacer otra cosa más desesperanzadora que desear el imposible de tener una máquina del tiempo y retroceder seis meses.

Por lo pronto, todo lo que se le había ocurrido hacía días era camuflar sus sentimientos y tratar de jugar la carta de la amistad contra su amigo. Pero no... no le iba a funcionar, y se estaba dando cuenta de ello. Perdía la batalla, con el poco terreno que todavía le quedaba para pelearla...

—Bien.

Y se quedó callado, con el rostro ensombrecido.

Sagitta observó hacia arriba y cerró los ojos, disfrutando la poca brisa que le llegaba. Se quitó los cabellos de la cara y se quedó viendo cualquier cantidad de cosas sin ver realmente nada.

A Ysaak le molestaba eso, profundamente. El amigo que estaba a punto de robarle a la persona que nunca había dejado de gustarle, y que él había abandonado por aburrimiento, cometiendo así un error terrible, no le estaba prestando atención. Sagitta no le iba a preguntar absolutamente nada. No iba a propiciar siquiera un pedazo de plataforma para prolongar la charla y drenar una nueva esperanza de ella...

Lo peor era que Sagitta lo sabía (e Ysaak sabía que él lo sabía) y eso solo lo hacía sentir peor.

—Bueno, mira... —dijo, muy lentamente, casi como un murmullo, con las orejas bajas—. Espero que los dos sean muy felices...

El lince sacó otro cigarro, y le cerró el costado con esas afiladas garras negras que tenía. Observaba al mismo tiempo a Ysaak, con los mismos ojos amarillos y párpados entrecerrados, luciendo en su rostro esa expresión que le confería bien una apariencia maligna, bien una actitud fría.

—Y yo... —continuó.

El chico torció la boca:

—...Yo te prometo que esto no va a afectar nuestra amistad y que no voy a interferir entre ustedes. Es decir, por mí no se preocupen, ninguno de los dos...

Sagitta encendió el cigarrillo.

—Y te agradecería en verdad —finalizó— que esto quedara solo entre tú y yo.

De pronto, imaginó nítidamente la escena: Sagitta y Tabi charlando en la intimidad sobre él... Diciéndose mutuamente cualquier cantidad de cosas y muchas de ellas quizá desagradables... Por eso, y por un montón de cosas que posiblemente sucederían, es que no podía evitar aferrarse a un pequeño y patético pedacito de esperanza:

—Y si decides no seguir adelante y no empezar una relación, pues, mira, yo no quiero que ustedes dos dejen de ser amigos, tan buenos amigos como lo son ahora...

—Ysaak, sí va a suceder.

Ysaak sintió un golpe en el pecho.

—Sí va a haber una relación. Y como sé que te lo preguntas siempre, que lo has intentando averiguar y que no tienes el valor de preguntármelo sí, ella y yo...

Y ahí fue cuando sucedió...

La explosión cundió con tanta fuerza, que vio negro y su mente se paralizó, de manera que aquello debió sentirse muy similar a estar muerto. La onda expansiva volteó a los dos felinos y los arrojó al suelo como muñecos

de trazo. Un árbol fue arrancado de la tierra y se desplomó veinte metros más allá. Cientos de decenas de pájaros cayeron muertos como soldados de plomo con el cerebro hecho pasta.

Ysaak se cubrió las cabeza con las manos, no por el acto consciente de protegerse, sino porque le ardían los huesos. Y Sagitta debía estar en igual estado o peor... Permanecía tirado en el suelo, boca abajo.

La primera palabra que saltó de su boca no fue precisamente la más decorosa para inaugurar el espectacular suceso:

—¡MIERDA!

El estruendo de los pinos cayendo lo asustaban, pensaba que alguno se les podía venir encima.

—¿Estás... estás bien? —gimoteó.

Ayudó a Sagitta a incorporarse, el lince movía sus enormes orejas de un lado a otro, involuntariamente. Se puso de pie y empezó a mirar a todos lados, como alguien que está siendo cazado y no sabe desde dónde le apuntan.

El aire estaba lleno de tierra y humo con un olor que nunca antes en su vida había sentido.

Otro estallido, pero al Gran Orión gracias, más lejano. Causó otro sismo limitado, seguido por un coro de crujidos similar al de muelas rotas que producían otros árboles cayéndose.

Sagitta observó fugazmente la lejana silueta de Solares, pero aquello había sido un insulto a sus capacidades felinas. Él sabía muy bien que el bombazo no había venido de allá; por el contrario, aquello había venido de *acá*, pero su terror visceral pudo más que su instinto salvaje: tenía que ver si su hogar seguía en pie.

Hubo un tercer estallido más lejano, que a pesar de ello no hizo el temblor menos grotesco.

—¿Qué diablos está pasando? —masculló.

Sagitta se agarró la cabeza con ambas manos, furioso por el dolor. El cuarto impacto se escuchó un poco más cercano que el tercero, pero desde el noroeste.

«Se mueve rápido, cuidado, cuidado, cuidado», le advirtió su poderoso instinto, con esa onda sucesiva de pensamientos que no puede ser traducida a palabras.

Pero cuando, a juzgar por el tiempo que tomaron los cuatro primeros bombazos, ya iba siendo hora de que sonara el quinto, todo el gran pedazo de mundo que dominaban ambos felinos con sus sentidos quedó en un total y siniestro silencio.

La brisa parecía un aullido bíblico...

Los dos estaban de pie, viendo hacia la jungla. Solares era una radiante silueta detrás de ellos.

Sagitta, despeinado, ya no parecía un *hipster cute guy* intelectual, sino

algo así como el gato de Chucky... Ysaak, por su parte, mantenía los dientes apretados, varias venas resaltaban en sus hombros y pecho. Ahora, las ondas de choque eléctrico que manaban de ambos se comunicaron un mensaje tan pronto el uno puso la vista sobre el otro: *¿vamos a ver qué sucede o mejor nos marchamos de aquí?*



La curiosidad mató al gato, o algo parecido andaba pensando Ysaak sobre sí mismo cuando estaba subiendo por una colina que estaba a más de dos docenas de metros del claro donde charlaban.

No fue sino hasta que llegaron a la cima que, para su sorpresa, se percataron de que tenían que ver hacia abajo del mismo modo que una hormiga mira al suelo asomando las antenas desde el borde de una mesa. Del abismo emergía una extraña neblina blanca, que se estiraba mórbidamente hacia arriba y se desmaterializaba con la brisa. Los otros cráteres estaban distribuidos hasta donde los ojos alcanzaban a ver; desde arriba uno podía notar que formaban una figura con forma romboidal que agujereaba el panorama. Ninguno de los dos se atrevía a decir nada.

Cuando los tímpanos del tigre se calmaron, pudo escuchar entonces el rumor del abismo, similar al que produce la concha del caracol cuando se la pone sobre el oído. Sus orejas se movieron de forma grácil, reaccionando a la brisa calurosa y comprimida que venía desde adentro. Era como abrir un horno encendido. El crujido de la arena cayendo al vacío desde la punta de sus botas le hizo considerar que estaba demasiado cerca del borde.

Sagitta le tocó el hombro. Ysaak lo observó. Sagitta miraba para arriba, hipnotizado, y cuando él entendió e hizo lo mismo, experimentó la sensación de sobrecogimiento más espantosa de toda su vida...

Un plato blanco, de apariencia líquida, como si estuviera derramado en el cielo y —a juzgar por el cálculo de Ysaak— del tamaño de varios campos de fútbol se hallaba sobre ellos.

—Gran Orión...

Era sin duda uno de esos momentos en que el cerebro baja la palanca al estado neutro. Lo mismo daba que los mataran en el sitio. Ellos, probablemente, hubieran sido los últimos en enterarse.

El círculo seguía allá en el cielo, con un desagradable zumbido suave que de vez en cuando expulsaba tonos agudos y fuera de este mundo.

Desde el interior del espectro, empezó a bajar una lluvia de cubos pálidos, como si fuesen datos desde el monitor de una computadora. Y una vez abajo (en el fondo del precipicio), reunidos con y sobre otros, como si fueran parte de algún juego de mesa, se empezaron a transformar.



En un santiamén eran orugas y máquinas complejas, que no tardaron en convertir el lugar en una suerte de sitio en construcción.

Los cubos más grandes se abrían y, en formas geométricas imposibles de describir, espantosas, grotescas, vomitaban materiales para construir algo.

La forma en que operaban estos objetos, todos geoméricamente cúbicos, era inusitada para ellos: el fino ojo de Ysaak consiguió ver que cada uno se alumbraba y se oscurecía de forma intermitente, porque estaban llenos de un líquido que se calentaba terriblemente y podía fundir su envase. Al menos, eso es todo lo que sus mentes podían comprender de tan inusual proceso.

Si uno ve una cosa sorprendente, lo primero que quiere es compartirla con otra persona. No se sabe realmente si por el acto en sí de compartir



o sencillamente para tener la oportunidad de afirmar que se ha visto algo interesantísimo y tener pruebas para demostrárselo a los demás.

Sagitta e Ysaak no. No pensaban en sacar *selfies*. Ellos eran presa de una sensación eternamente obnubilante que llevaba ya diez minutos. No eran mejor que un par de zombis sin piernas.

Fue entonces cuando, desde arriba, desde el gran plato que ya estaba casi completamente desfragmentado y no podía tener un aspecto más espe-luznante, una especie de cápsula de forma esférica, en cuya cabeza había un casco de vidrio, comenzó a descender suavemente.

«Mira, hay alguien dentro de esa nave», habría musitado Ysaak, de no estar tan asustado y sorprendido al mismo tiempo. «Lo veo», hubiera dicho Sagitta, por su parte.

Poco a poco, a medida que el objeto se acercaba supervisando las obras de abajo, pudo verse un rostro emerger desde dentro del cristal.

Era una cabeza.

Pero resulta ser que la cabeza era en realidad todo su cuerpo. De hecho, puede que ni siquiera fuera una cabeza, era más bien, una cara. Algo casi etéreo.

Aquella presencia era de una anatomía aterrorizadamente simple... Tenía dos ojos, y... unos belfos o una boca. Aunque en realidad probablemente ni siquiera fuera eso. Flotaba en el aire, dentro de su cápsula, y por la forma en que se movía, de forma oscilante y muy tenue, Sagitta sabía que aquello, de alguna manera, estaba vivo. Y a pesar de la grotesca simpleza de su rostro y de sus ojos negros, el felino tuvo otra certeza peor: era inteligente.

Tal vez, de hecho, sobradamente inteligente en comparación con ellos. El problema era que parecía un chiste de mal gusto.

Apenas la nave se acercó más al borde del precipicio, inclinada ligeramente para que la criatura de adentro pudiera ver hacia abajo, lo contemplaron en todo su esplendor:



—Sagitta...

La respuesta del lince vino tenue, como sacada de un sueño profundo (ninguno se daba cuenta de que hablaban instintivamente con el tono de voz más bajo posible).

—¿Sí?

—¿Qué... qué diablos... es eso?

Meneó la cabeza muy lentamente.

—Por el Gran Orión...

La graciosa cápsula espacial se movió hacia abajo y adelante, con la intención de pasar muy cerca de un «cubo» que al parecer no estaba haciendo bien su trabajo... El problema fue aparentemente resuelto cuando la nave con la presencia «:3» se levantó nuevamente para supervisar la obra otra vez.

Ya había un caldero y un tobogán de un metal muy opaco por donde se deslizaba hierro fundido a una enorme piscina, para luego ser transportado dentro de una larga serie de cubos que habían adoptado formas de instrumentos sacados de una pesadilla. Se dejaban las piezas recién salidas del horno en una placa movable y, de ahí, cobraban vida.

Ysaak, quien jugaba en la brigada deportiva de su instituto académico (y era muy bien conocido por ello), fue quien, recuperándose ya de la profunda

resaca mental, pudo sentir una admiración sincera por el trabajo en equipo que estaban haciendo todas las máquinas. Era, sin más, un grupo perfecto. Calculaba que todas ellas podían construir una ciudad tan grande como Solares en solo treinta días, o quizá menos.

Flotando a la mitad del abismo, el navegante ignoraba que estaba siendo observado desde atrás.

:3

—¿Tú crees que sea malo?

Ysaak giró la cabeza en dirección a Sagitta. Parpadeó dos veces y volvió a mirar al frente.

—La verdad, no tengo idea.

La navecilla se volvió a desplazar rápidamente hacia el fondo, esta vez en dirección a un «obrero mecánico» que se mantenía ocioso.

—Vamos a bajar.

—¿Qué? —preguntó con brusquedad el tigre, poniendo su mejor cara de incredulidad.

Sagitta se puso en cuclillas, calculando que, desde la pendiente, la bajada no era tan empinada y por lo tanto podría deslizarse cuidadosamente hacia abajo.

—Vamos a hacer primer contacto.

«Son momentos como este en los que se demuestra quién es realmente el inteligente y quién es el estúpido», pensó con un creciente acceso de estupor.

—¡Quédate aquí! ¡No es una buena idea!

Pero Sagitta parecía incluso excitado.

—Ven conmigo.

Extrañamente, no fue sino hasta ese momento en que se dio cuenta de que todo este tiempo había andado sin camisa. Observó hacia atrás. La jungla le telegrafió un mensaje: «Ni pienses que la vas a recuperar».

Miró a su amigo, que utilizaba las piernas y los brazos para descender, surfeando sobre la arena, moviendo la cola suavemente. Quizá fue lo que le hizo tomar la decisión casi automática de alcanzarlo, la ecuación invisible e infantil de: «Te vas a quedar con Tabi, pero aquí y ahora yo no seré menos que tú».

Pegó un salto y comenzó a descender rápidamente.

Sobre ellos, el cielo era oscuro. Los nubarrones, color plomo.

A pesar de que el camino era inmenso, los gatos tardaron relativamente poco tiempo en llegar abajo; les tomó diez minutos hacer lo que a un ser humano le hubiera llevado horas.

El piso se sentía terriblemente caliente. Sagitta estaba seguro de sentir una corriente de agua varios metros bajo él.

Vistos desde ahí, los cubos más pequeños resultaron ser del tamaño de Ysaak.

—No te pongas en su camino —siseó Sagitta.

La enorme «heladera espacial» (a falta de una mejor descripción) pasó de largo entre ellos, con un tenue y burbujeante sonido.

—Tengo el presentimiento de que son inofensivas —repuso—. Siempre y cuando NO interfieras con su trabajo.

Se oyó el ruido lejano de una cavadora, al otro extremo del valle.

—¿Quiere decir que no les importa si vemos?

—No.

Dicho esto, Sagitta corrió a través de una larga y ancha rampa que se levantaba del suelo muchos metros y que acababa recostada sobre una plataforma gigantesca, hecha de algún metal espacial azul-plateado terriblemente duro, manufacturado hacía poco por la máquina fundidora.

Ysaak lo siguió, solo para ver aparecer poco a poco, por encima del hombro del lince, nada menos que la cápsula del visitante, que observaba un trabajo de ensamblaje. Desde ahí, podía incluso escucharse el motor magnético de su nave.

—Está vigilando que todos trabajen, ¿lo has notado, no?

—Sí.

Sagitta colocó los pies justo al borde de la plataforma, para captar cualquier cosa adicional con alguno de sus sentidos felinos, sin darse cuenta de que, en el proceso, había empujado, con el zapato, una enorme tuerca al vacío, que cayó lentamente sobre unas vigas apiladas allá al fondo.

El miniovni empezó a girar lentamente, como la cabeza de un zombi... Y en esos terribles instantes, Ysaak sintió algo que jamás en su vida había experimentado: en los tuétanos, en las venas, en la corteza de su cerebro, el pánico ya no a lo desconocido, sino más bien a estar ante el horror personificado, a hallarse ante el exponente de un egoísmo mortal e infinito. Miles de millones de veces más grande no solo que sus más bajos sentimientos, sino de lo que él creía posible que pudiera existir. De estar ante una maldad cósmica y horrible. Imposible de entender.

«Aquello» observó fijamente a los chicos y los chicos a él.

Y así se quedaron, por un rato silencioso...

El rostro del visitante no tardó en cambiar de:

:3

a

>:3

Ysaak sintió que las piernas se le aflojaban y el corazón le daba un tirón tal que, de haber tenido unos cien años más, su cuerpo lo hubiera traducido en un ataque al corazón que probablemente lo hubiera fulminado.

—¡Maldita sea, Sagitta!

El vilipendiado afecto que tenía por el lince, destinado ya desde antes a marchitarse, no pudo conformarse con un solo rugido:

—¿Por qué diablos no tienes más cuidado?!

Ni la sorpresa y el pavor de uno, ni la ira y el terror del otro alteraban el resultado final: no se atrevían a moverse. Los talones les temblaban.

El bicho los seguía mirando.

>:3

Entonces un agujero de considerable tamaño se abrió desde el fondo de su cápsula.

Y desde adentro de ella, una enorme bola de demolición, sujeta por una gruesa y larga cadena, descendió, poco a poco.

La navecilla procedió a moverse hacia adelante y luego giró y se alejó en línea recta unos diez metros hacia el otro lado, balanceando su arma muy lentamente.

>:3

—¿Se... supone que pretende darnos con eso?

—Me parece que sí.

Lo único que se escuchaba, a lo largo y ancho, era el sonido ahorcado de la cadena moviéndose.

—Sabes, esto me recuerda a algo que jugué cuando era niño... pero no atino a recordar qué...

—Sea como sea, míralo por este lado: si de casualidad consigue darnos, nos podría hacer bosta.

—Sí, bueno, eso sí.

La cápsula iba y venía, bien despacito.

>:3

Los dos se mantuvieron en silencio por un rato, viendo a la cápsula ir y venir.

—Vamos a tirarle piedras.

—Dale.

Se bajaron corriendo por la rampa y, una vez en el suelo, tomaron, calentitas, piedra tras piedra.

Al rato convirtieron el vehículo espacial en su diana de tiro al blanco. Los guijarros empezaron a rebotar.

La enorme mano de Ysaak podía albergar varias piedras y ninguna de ellas era precisamente pequeña. Sagitta no se quedaba atrás. Los dos las arrojaban con tal poder, que un humano solo habría podido igualarlos teniendo una gomera con una banda de caucho.

Así que finalmente, después de varios minutos de diversión estúpida, sucedió lo que en verdad representaba un verdadero peligro: la compuerta de donde salía la larga cadena se cerró, cortándola en seco y arrojando la bola al vacío.

El impacto al caer fue tal que Sagitta se echó a un lado.

—¡Mierda!

La esfera rodó en línea recta hasta quedar atorada entre dos enormes vigas y la cápsula voló entonces lejos, retirándose hacia el horizonte.

—¡Se ha ido!

El lince, eufórico, se subió ágilmente a través de unas columnas, pero Ysaak, sin embargo, seguía abajo, examinando la esfera. Sagitta pensó que era porque estaba sorprendido de que fuera tan grande, pero el tigre, en realidad, lo hacía por otra cosa: en el pedazo cercenado de cadena que había quedado en el extremo, hundida dentro de una tuerca enorme pegada a ella, se hallaba una etiqueta plateada, cuidadosamente anudada a una de las argollas.

Ysaak la desató y la volvió a leer de cerca, una de las muchas veces que lo haría de ahora en más:

MADE BY PUMO



—Así que... Vieron una nave espacial.

El capitán de la policía los observaba con dos dedos apoyados sobre la sien, lo que ocasionaba que en su rostro se formara un concierto bastante interesante de arrugas.

Tenía los ojos enrojecidos, lo que posiblemente quería decir que se había levantado demasiado temprano, no había bebido café, no había comido su rosquilla y, tal vez, se hubiese encontrado con una nota de su mujer anunciando que lo dejaba y que se marchaba a casa de su madre. En pocas palabras: el capi no estaba de buen humor...

En estos casos, en tiempos antiguos frente a una profesora del cole o en el presente ante al jefe de la policía, Sagitta era siempre el más diplomático, pero también el más valiente:

—Está bien: piense usted lo que quiera, que su cara lo dice todo. No

hace falta más. Lo único que nosotros le pedimos (y debería ser la prueba DE FUEGO) es que sencillamente nos acompañe hasta el lugar donde estábamos nosotros. Adelante: tráigase una buena cámara, a sus hombres y, si quiere, que nos acompañe un científico, le prometo que lo que va a ver cambiará su vida.

—De hecho, sería oportuno que también llevaran grúas y helicópteros —aportó Ysaak, tímidamente.

Cuando el tigre terminó de hablar, parpadeó instintivamente... En todo su felino ser vibró el temor, la tensión y la visión de que el enorme perro se iba a abalanzar sobre su escritorio para pegarle un tortazo en la cara con la mano abierta.

El capitán, sin embargo, se limitó a sacar un saquito de té del escritorio, colocarlo dentro de la taza, echarle el agua recalentada que se hallaba en la tetera, poner tres cucharaditas de azúcar, revolver con la cucharita y llevarse la taza a los labios delicadamente... Todo eso sin quitarles la vista de encima.

Sorbió groseramente.

—Lo único que me gusta de esa —se mordió el labio inferior— «historia»... es la idea de tenerlos a los dos metidos en cápsulas de descontaminación mientras les toman muestras de sangre.

Sagitta sonrió cínicamente, como lo haría uno después del chiste malo de un niño.

El veterano se apoyó sobre el respaldo, ocasionando un pronunciado chirrido en los soportes; juntó las manos sobre el estómago y miró a los dos gatos por un tiempo estimado que se tradujo en algo así como el minuto más largo de sus vidas. Sagitta sentía que el tipo les estaba haciendo un escaneo mental de rayos X.

Tal cosa se hizo patente cuando les hizo la última pregunta que ellos hubieran querido jamás:

—¿Ustedes fuman...?

A Ysaak se le heló el corazón y bajó la cabeza. Sagitta hubiera sido partidario de mentir, pero si el jefe ordenaba que les hicieran la prueba (que estaría lista en cinco minutos), la campaña de ambos habría llegado rápidamente a su fin.

—Sí. Solo marihuana.

El monstruoso gesto triunfal emergió del rostro del capitán, a la vez que se acariciaba un colmillo con la lengua.

—Voy a mandar a un comando para que los acompañe y eso solo porque, del otro lado de este escritorio, existe cierta reputación que salvaguardar —declaró, observando a Ysaak agriamente—. Mi hijo te admira porque, epa, mírame a la cara, sí, mírame a la cara: mi hijo te admira porque eres un campeón en los deportes. Lo has hecho muy feliz durante las Olimpiadas Colegiales, lo que es un orgullo no solo para ti, sino para mucha gente que

te rodea... Qué decepción saber que fumabas y que, ligado a eso, casualmente, andas en malas compañías.

Sagitta tuvo que morderse la lengua tan duro que sintió el sabor dulce de su propia sangre.

El capitán se apoyó en el escritorio y estiró su venoso cuello lo más que pudo:

—Como esto no sea más que una estúpida broma colegial, lo van a lamentar.



Sagitta estaba enojado... o tal vez furioso. A Ysaak lo asustaba mucho cada vez que se ponía así, a pesar de ser él el más grande.

Y con respecto a sí mismo, estaba tratando de dilucidar si aquel comentario lo hubiera enojado también de no ser porque Sagitta ya era novio de Tabi. Pero no podía deshacerse de la sombra sobre su cabeza, ni siquiera a pesar de haber visto un (usando palabras coloquiales) «jodido ovni». No tenía ganas de defender a Sagitta, o siquiera de demostrarle algo de solidaridad... Alguna oscura parte suya pensaba que el linco no había sido solidario con él en primer lugar.

Los vehículos todoterreno de la policía surcaban el camino, entrando ya en el área boscosa, más allá de las afueras de la urbe. Llegado cierto punto, sin embargo, en que centenares de troncos de árboles derribados impedían el paso y les hacían dar tumbos horribles, tuvieron que bajarse.

—Sigamos adelante —anunció Sagitta—. Por ahí se encuentra el primer cráter.

Ysaak guió a una porción de la infantería por el camino ascendente, el linco a otra. Así que finalmente, exhalando un suspiro, llegaron hasta el borde del barranco. Pero resulta que al ver hacia abajo, el linco tuvo, así de pronto, la sensación de que el hígado se le hacía de plomo, porque, aun cuando lo que estaba a punto de pasar era más trillado que una telenovela, ni él ni su amigo se lo habían esperado: no había absolutamente nada.

Las pruebas habían desaparecido por completo.

Todas las maquinarias, los cubos, la prematura infraestructura lograda tras el poco tiempo de trabajo, e inclusive la enorme bola de demolición se habían ido.

No quedaba ni un tornillo y, para sus efectos, ni siquiera huellas o rastros de que ahí hubiera pasado algo todavía más extraordinario que el evento que, ya de por sí, había convocado a toda la prensa al lugar de los hechos.

Un agudo balido de brisa desértica se dejó oír durante todo aquel ridículo y terrible minuto de silencio que siguió.

El sargento del escuadrón se puso las manos en la cintura.

Ambos temas, los cráteres y el extraterrestre, estaban bastante lejos uno de otro y, en lo que a Solares y su cosmopolita entender respectaba, aquellos habían sido impactos de meteorito (anunciados ya en el noticiero más de tres horas antes de que Sagitta e Ysaak efectuaran la denuncia).

Mientras tanto, a lo lejos, se veía la humareda que levantaban las decenas de vehículos de la prensa y la TV de cada estación de Solares, que se aproximaban para cubrir el asunto de los «meteoros», y como eso sí que no le interesaba verlo en tecnicolor, el sargento, un lobo enorme, se volvió a bajar los lentes de sol.

—Chicos, la cosa es simple: me los llevo ahora mismo a la ciudad, los dejo en alguna calle, le digo al capi que ustedes sufrieron alucinaciones masivas por haberse golpeado la cabeza tras el impacto... O se quedan aquí, hablan con la prensa sobre el extraterrestre, salen en el noticiero de la tarde y hacen el ridículo de sus vidas. Tres segundos para decidirse: uno...



«Gracias», fue la única cosa que Ysaak dijo cuando la camioneta de la policía los dejó en la avenida.

Al momento de ponerse a caminar calle abajo, entre una inmensa autopista rodeada de rascacielos brillantes, que se conectaban unos a otros con puentes y jardines colgantes, lo primero que Ysaak hubiese hecho, por su naturaleza, habría sido empezar a escupir una multitud desordenada de comentarios que hubieran consistido en:

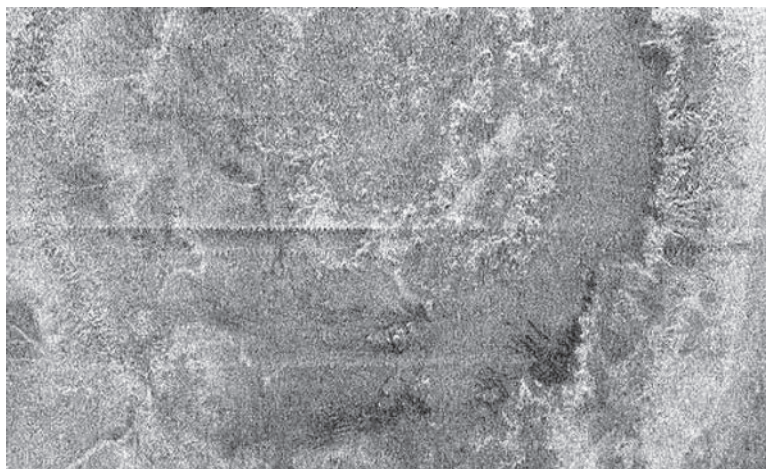
- A) extrañarse por la misteriosa desaparición de los cubos obreros,
- B) teorizar infinitamente sobre qué pudo haber sucedido al respecto, y
- C) lamentarse de todo lo dicho por el capitán.

Pero en cambio, decidió quedarse callado. Francamente, no sentía ánimos de consolar a Sagitta. Él ya era lo suficientemente fuerte a nivel moral (más que él, de hecho), para hacerlo por sí mismo.

«De aquí en más, cuando cada quien tome su camino, mi vida va a apestar mucho más que la tuya, así que arréglatelas solo».

El tigre alzó entonces su triste cara hacia una enorme pantalla virtual sostenida entre dos luminosas torres de cristal:

EXTRA EXTRA EXTRA EXTRA EXTRA EXTRA EXTRA EXTRA EXTRA
EXTRA
En vivo desde la zona del desastre
9:15 AM



IMPACTO DE METEORITO EN LAS AFUERAS DE LA CIUDAD... IMPACTO DE METEORITO EN LAS AFUERAS DE LA CIUDAD, IMPAC... ¿QUÉ HUBIERA PASADO SI HUBIESEN CAÍDO EN SOLARES? EN BREVE, CÁLCULO DE CATÁSTROFE VIRTUAL. EXTRA EXTRA EXTRA EXTRA EXTRA EXTRA EXTRA EXTRA EXTRA EXTRA

La imagen en video tomada desde un helicóptero permitía ver los cráteres más grandes de lo que incluso a él mismo le habían parecido.

El generador electrónico indicaba que era sumamente raro que los impactos no hubiesen producido grandes hongos de fuego al estrellarse contra la tierra y que ninguno de los potentes radares del planeta los hubieran visto venir. Eso al menos mantuvo a Ysaak a salvo de un ataque de nervios.

«Porque obviamente, no fueron meteoritos, panda de imbéciles». Aun así, pensó, ese tema se estaba volviendo cada vez menos asunto de ellos.

—¿Sabes qué, Sagitta? Olvidémonos de este asunto, o tal vez lo debieras hacer tú, yo sé que lo haré.

El lince movió las orejas y lo observó. Por razones que Sagitta no sospechaba (todavía), el tigre blanco no tenía ánimos para estar con él.

—Nos vemos. Estoy muy cansado y querría irme a casa.

Los ojos del lince se apagaron, entrecerrados, con las manos metidas en los grandes bolsillos de la sudadera. Su cabeza estaba haciendo millones de cálculos por segundo y no tardaría mucho en darse cuenta de que todo el problema de Ysaak era Tabi, y el otro, a su vez, que sabía lo afilado que podía llegar a ser su amigo, no quería estar ahí para ver qué tenía que decirle al respecto.

Así que, sintiéndose un poco ordinario en el medio de la calle con una

camisa de dormir prestada que llevaba el logotipo de un águila con tres cabezas¹, hizo un saludo tímido con la cabeza y dio media vuelta.

La mañana tenía un opaco color gris. El área comercial de Solares, con sus millares de vitrinas y luces amarillas, anuncios holográficos de varios colores y docenas de dirigibles flotando suavemente entre los rascacielos, llenos de hermosas y abundantes lianas verdes colgando por todas partes, se haría fría al caer la tarde.

Aun después de caminar un rato, Ysaak tenía la desagradable sensación de que su amigo lo seguía mirando.



La vista desde su casa era sorprendente.

Se veía como un palacio salvaje ubicado en una de esas enormes torres.

El tigre hizo el menor ruido posible al cruzar la puerta, todo lo que quería era llegar a su cama y echarse a dormir. Si le hubieran preguntado qué «poder especial» quería en aquel momento, habría elegido el de la teletransportación en vez de ese de arrojar ondas de calor que producen explosiones atómicas, con el que siempre había soñado siendo un niño que todavía no había encontrado otra cosa más divertida en qué pensar cuando estaba de noche en la cama.

Tales cosas, sin embargo, eran una necedad por su parte, porque su *otosa*², que estaba en el balcón, lo hubiera escuchado así hubiese entrado levitando.

Lo peor del asunto es que, además de ese fino oído, la pantera negra, que pintaba sobre un lienzo, sentado en una silla victoriana y echando uno que otro vistazo sobre sus anteojos de medialuna, estaba esperando que su protegido llegase. Y huelga decir que él conocía a Ysaak tan, pero tan bien, que sabía de antemano que intentaría entrar a hurtadillas, lo que para rematar acrecentaba su instintiva adrenalina de cazador furtivo.

El tigre iba por el pasillo, podía visualizar su cuarto como un triunfo lejano, igual a una película de suspenso donde la meta es llegar a la salvación que hay tras la puerta.

¿Qué diría cuando despertase después de ocho largas horas, con mucha hambre, y tuviera que abandonar su cama? Diría: «Llegué por la noche, pero estuve todo el tiempo durmiendo». El plan le iba a salir redondo.

Dio los últimos tres pasos, alargó la mano, saboreó el tacto frío del pi-

1. Logotipo de la policía de Solares.

2. *Otosa* es «padre» en japonés. Pero en este caso, se trata de un padre que no es el biológico. Pero eso es algo muy largo de explicar con respecto a la forma de vida de Yóvedi que será abordado más adelante.

caporte, y así sin más sintió un zumbido. Un pequeño frasco de tinta china vacío lo golpeó en la cabeza. Y es que además de ser un artista bien conocido en las galerías de arte de Solares, otro de los talentos de su otosa era tener una puntería perfecta.

—Ven aquí —lo llamó una voz profunda.

Ysaak tenía la frente pegada a la puerta, con resignación.

Se dio media vuelta pesadamente y caminó todo el trayecto sobándose la cabeza y arrastrando los pies.

Después de dar el primer paso en el balcón, no hizo falta que dijera nada. Solo bastó que se quedara de pie con cara de estreñimiento.

—A ver, qué tienes que decirme.

—¡Bueno! No creo que sea gran cosa llegar a esta hora. Tengo dieciocho años, es normal y...

—No lo digo por la hora, lo digo por esa camisa que llevas. ¿Dónde estuviste?

«En las afueras de Solares, teniendo contacto con alienígenas».

Ysaak se quedó súbitamente sin imaginación para mentir. Y tampoco es que quisiera hacerlo. Cha'chat no se merecía eso, además, su propia conciencia no lo dejaría en paz.

—¿Te lo puedo explicar cuando me despierte? Ahora no me siento de ánimos.

Cha'chat levantó los ojos de su pintura y lo observó.

—Está bien.

—Gracias.

Aliviado, dio media vuelta, pero antes de que pudiera dar medio paso, su guardián dijo, con dolor en la voz:

—Pero espero que puedas explicar por qué el capitán de la policía llamó diciendo cosas horribles de ti.



No dijo más. Tal vez en cualquier otra ocasión hubiese dado media vuelta y hubiera replicado inmediatamente que todo eso era una estupidez, a excepción de una cosa. Y al final, prevalecía un convencimiento propio que sostenía y reafirmaba: no iba a mentirle a su otosa. Lo quería demasiado como para siquiera reflexionar sobre lo innoble que era hacerlo. Por otro lado, aunque quisiera, también era muy difícil engañarlo.

Ahora, sin embargo, fue completamente distinto porque había una inmensa palanca interrumpiendo el engranaje: «Lo que pasa es que le dijimos al capitán que vimos a un extraterrestre... No precisamente una visión en el cielo: lo tuvimos cerca y hasta, je, te va a parecer gracioso: ¡le dimos pedradas!»

Un acceso terrible de ira le corrió por la cabeza, le dieron ganas de tomar el escritorio ubicado frente a la ventana panorámica de su cuarto y arrojarlo partiendo el vidrio. Ya no se sentía ingrátido, sobrecogido o abismado por haber visto de cerca lo impensable, ahora solo era rabia, impotencia...

Y entonces, en un momento de suprema ironía, le puso los ojos encima a la última cosa que hubiese querido dentro de su desordenada estantería de libros: *Los mitos de Morzat y otras grandes criaturas del horror*.

Desde afuera, pudo verse cómo el pequeño tomo salía disparado por su ventana y caía lentamente al vacío.



Despertó lentamente, sintiéndose como una persona que ha combatido sin descanso durante todos los asaltos, y además sediento y pegajoso como suele suceder cuando uno abusa de las siestas.

Ya había anochecido. Si fuese de mañana, acomodaría la almohada y se prepararía para seguir durmiendo, pero el hecho de que su sueño indiscriminado lo haría estar en vela toda la noche le quitó los ánimos... No quería empeorarlo.

Se levantó con cansancio y se frotó el peludo rostro. Pestañeó varias veces, viendo con cara de pocos amigos alrededor. Sintió una brisa fría.

Se puso de pie y salió del cuarto. El resto del departamento también estaba a oscuras y lleno de silencio.

Caminando por el pasillo se estiró, su cola se arrastraba por el suelo. Las luces de la sala también se hallaban apagadas, así como las de la recámara posterior y la del balcón.

Era extraño...

Vio a su alrededor, buscando a Cha'chat... No había señales de él.

Caminó y salió al balcón. El taburete y el caballete todavía estaban ahí, la pintura del lienzo hacía horas se había secado. Hacía mucho frío, la brisa golpeaba las hojas de un bloc de dibujo que estaba en el suelo.

Entonces Ysaak vio al frente, en dirección a la brillante ciudad, y sintió que algo le golpeaba el corazón, muy, *muy* fuerte.

Abrió mucho los ojos y apretó los dientes.

La nave espacial.

Lechosa, como una presencia dibujada sobre la realidad más que un objeto físico, esa que él había visto hacía solo horas junto a Sagitta, ¡flotaba ahora encima de Solares!

Posicionada de forma espectral sobre los rascacielos más altos, justo en el epicentro de la metrópolis, pero ahora dilatada, varias veces más grande que la última vez que la habían visto. Parecía la horrible premonición de una venganza.

Algún lugar muy dentro de la psique del tigre se desmayó y su instinto más oscuro se despertó.

—Oh, por favor, no...



Tres horas antes

Laetitia era una chica bonita que se hallaba preparando el concierto más importante del año, que se llevaría a cabo bajo el cielo. Ella era la encargada del evento que durante doce largos (e inseguros) meses se había anunciado con frecuencia por radio y de vez en cuando en televisión.

El proyecto había nacido con cierto peligro de morir joven, pero ahora por fin cuajaba: las bandas más importantes estaban agendadas y desde antes de ayer, cuando había empezado (desde bien temprano en la mañana) a preparar la enorme tarima y a armar todo el decorado, las cosas habían estado saliendo sin problema.

El color del cielo era azul oscuro, como se pone cuando faltan pocas horas para que anochezca, manchado con una que otra nube color plomo que se paseaba lentamente...

El lugar estaba repleto de gente joven: todos se ocupaban de cargar utilería y complicados juegos de luces de un lado a otro. El staff trabajaba sin dificultades y Laetitia, meneando su colita y moviéndose a gatas mientras pasaba un utensilio bastante afilado sobre un cartón, se encontraba emocionada, como pocas veces lo había estado en su vida... Cuando de repente y sin que sus sentidos perrunos la alertaran, una presencia muy, muy grande y fría se puso detrás de ella, observándola...

Cuando ya estaba demasiado cerca como para no sentirla, la chica giró la cabeza, con la boca semiabierta.

>:3

La cápsula brillaba.

Observaba fijamente a Laetitia, quien poco a poco desfiguraba su rostro en un amasijo de confusión y espanto.

Mientras sus sesos seguían intentando amoldarse e identificar tan siquiera qué era el objeto que tenía delante suyo y que flotaba sobre lo que sería la futura tarima (del pronto frustrado) concierto, mientras su libro interno de cordura fallaba en encontrar el tomo, el episodio o la página que pudiera explicar qué diablos era «ESO» que la miraba desde detrás de un cristal (y que encima lo hacía con decidido mal humor cósmico), había un hecho que ella desconocía, y que todos en Yóvedi también desconocían, a excepción

de dos personas: uno de ellos se llamaba Sagitta, quien por cierto tenía pensado asistir al concierto junto con otra felina de nombre Tabi, y el otro era Ysaak, quien en ese momento se hallaba durmiendo profundamente... Este «hecho» era que algo en la cápsula había cambiado: el lugar donde debía ir la bola de demolición había sido reemplazado por un artefacto cuadrado, mucho menos ortodoxo y de aspecto bastante siniestro.

Del susodicho artefacto salió un «algo» tubular, con un orificio en el extremo... Parecía un gusano enorme de color plateado...



Cetu, el segundo a cargo, estaba trabajando a casi un kilómetro de la tarima. Él también se hallaba muy contento de que los preparativos para el concierto estuvieran saliendo tan, pero es que tan rematadamente bien: habían vendido todas las entradas y tenían veinte patrocinadores, cosa que hacía solo dos años hubiera considerado imposible. Además, finalmente, su fetiche más grande se hallaba satisfecho: el evento que coproducía con su amiga Laetitia se llenaría con más de ciento noventa mil jóvenes (y eso solo contando la juventud de Solares). Sería un concierto *sonadísimo*, muy, muy, pero muy *sonado*. Tan sonado que...

BA-BOOOOOOMMMMMMMMMMMMMMM

Cuando cayó al suelo pesadamente, presa del dolor, identificó en alguna pequeña parte de su subconsciente que solo se había sentido así una vez: en la época en que hacía carreras clandestinas de autos y era un eminente piloto y; un día tuvo que pegar un frenazo que hizo que sintiera que el cerebro le rebotaba dentro del cráneo. Cosa harto desagradable, por cierto. La diferencia era que en ese momento, muchos años después, esa sensación era con creces peor.

Abrió los ojos como pudo, boca arriba, pegando la cabeza al suelo para poder ver más allá... Observó una escena surrealista: la tarima, el escenario completo, una monstruosidad de por lo menos veinte metros de largo por diez de ancho, había despegado como un helicóptero.

Para cuando llegó al punto máximo, allá en el cielo, no era más que un nubarrón de madera y tubos de hierro desbaratados.

No alcanzó a reflexionar sobre ello cuando empezaron a lloverle astillas, ni tampoco cuando observó la blanca cápsula espacial acercarse a él, ligeramente inclinada hacia delante, como un matón.

El horrible cañón lo apuntaba como si fuera una especie de dedo, acusándolo. Así que a Cetu no le quedaba otra que mirar, incapaz de moverse. El sismo producido por la explosión le había roto las costillas...

Tenía una oreja erecta y la otra repentinamente caída, defecto congénito que se manifestaba de vez en cuando. En sus treinta y tres años de vida, tenía la certeza de dos cosas: la primera es que nunca había visto nada tan raro y la segunda, que nunca antes había sentido tanto miedo, a pesar de que lo demostraba de una forma extraordinariamente digna:

—Fuera de aquí —gimió.

No había caso... Los jóvenes se estaban arremolinando en torno a él, ora para ayudarlo a levantarse, ora para protegerlo y hacer patota frente al visitante, que ya estaba demasiado cerca como para que ellos hicieran lo que el lobo quería.

—Lárguense, maldita sea.

La cápsula se detuvo a pocos metros del concurrido grupo.

>:3

Todo el mundo miraba a la ceñuda criatura pandimensional con terror. Cetu, gimoteando, envuelto en un aura de abrasivo dolor, trató de tomar las riendas y dejar atrás el sopor. Echó mano de todo lo que había aprendido de las películas:

—Si puedes comunicarte con nosotros, por favor, solo dinos qué quieres y nosotros te vamos a escuchar.

Un joven del grupo, sin duda el más valiente, irguió un poco el cuerpo, con la mejor pose de pasividad que pudo adoptar para que el visitante tuviera alguna pista de qué le estaba intentando comunicar con su lenguaje corporal.

Eso no evitaba que uno que otro amigo tirara de su chaqueta negra desde atrás, intentando impedir que se acercara demasiado, pero él estaba decidido. Desprendió las pulseras de espinas de su muñeca y las echó al suelo, temiendo que pudiera verse como algo demasiado amenazante.

—¿Ves? Somos buenos, no queremos ser tus enemigos.

:3

El joven prosiguió:

—Me llamo Arthax —se presentó con suavidad, tocándose el pecho con las garras de la mano— y esta es mi gente. No te van a hacer daño. Queremos ser tus amigos.

:3

El pequeño vio a los suyos, lentamente, y ellos a su vez, se miraron entre sí, sin saber qué más hacer.

Miró de vuelta adelante y se quedó callado unos breves instantes, antes de preguntar:

—¿Qué quieres de nosotros?

>:3!!

El cañón se movió rápidamente, hasta localizar a todos.

BA-BOOOOOOMMMMMMMMMMMMMMM

• • •

De vuelta al tiempo actual

Ysaak no se molestó en utilizar el ascensor, sentía tanto frenesí, tanto miedo relampagueante...

«¿Dónde está otosa? ¿Adónde fue?»

... que sencillamente se puso un abrigo y se lanzó escaleras abajo.

Una vez en el estacionamiento, pegó un salto sobre su motocicleta y arrancó el motor.

Él no sabía qué era aquella cosa dentro de la cápsula espacial. Pero al mismo tiempo, él sabía, más que nadie en Yóvedi, qué era. Como el recuerdo insoportable de un terror nocturno, volvió a sentirlo: el egoísmo monstruoso, la maldad cósmica.

Saltó de la rampa del estacionamiento y de entre las llantas salió despedido un revoltijo de chispas. Esquivó un montón de vehículos, postes de luz y hasta personas de la forma que solo un atleta con sus reflejos podía hacerlo. En pocos minutos, utilizando las escaleras, esquivando a una multitud que se echaba a los lados y le gritaba, logró conectar con la autopista.

Al frente, sobre la gran metrópolis que se levantaba imperiosa ante su mirada lejana, estaba la nave espacial, más grande que nunca, coronando la altiva y poderosa Solares como una desgarradura de la realidad.

—¡Maldita sea!

Su desesperación lógicamente aumentó cuando escuchó aquel murmullo lejano. El de gritos de millones de voces...

• • •

Sin embargo, no había cundido el caos. La gente estaba asustada, desde luego, y había desorden, todos estaban en la calle, pero existía cierto nivel

de organización y, por ello, la Central Militar de Solares podía trabajar un poco mejor. El ambiente, sin embargo, no era bueno.

El general (un león con una cicatriz en la frente), vestido con una elegante y compleja armadura y una capa, se hallaba sentado a la cabecera de la larga mesa transparente, observando el mapa electrónico que se dibujaba sobre la superficie de cristal.

—Fue avistado en seis áreas durante la tarde —explicó el puma, señalando con el apuntador los puntos rojos que aparecían automáticamente sobre la mesa holográfica al ser mencionados—. Como pueden ver, los seis marcan zonas limítrofes de Solares... Cinco de estas áreas se hallaban abandonadas, pero la última...

—El lugar del concierto —lo interrumpió el león, mientras observa sombriamente las fotos colgadas de la pizarra lateral de la sala, que mostraban un desastre de inusitadas proporciones.

—El visitante estaba haciendo un reconocimiento del área, sin dudas...

El silencio que vino a continuación, así como el que ya había cundido varias veces ese día entre análisis y comentarios, era parecido al de un hospital por la noche.

Deslizó uno de sus dedos por la diadema de guerrero que se hallaba posada en la mesa, entre sus enormes manos.

—¿Algún sobreviviente?

La respuesta tardó varios segundos en venir de algún lugar de la sala y fue tan terminante como oscura.

—No.

—¿Alguna idea de por qué atacó a la gente que se encontraba ahí?

—Eran jóvenes.

—¿Y eso qué tiene que ver? —preguntó al doberman, con lenta hostilidad.

—Lo que quiere decir, excelencia, es que es posible que hayan incurrido en un acto completamente inapropiado contra el visitante... Que hayan hecho alguna estupidez.

El general observó de vuelta los restos calcinados que aparecían en las fotografías.

—¿Alguna estupidez? ¿Estupidez de chicos, quieres decir? ¿Y una criatura avanzada los mató por eso?

—Después vamos a arreglar esos detalles, Belfegor, pero ahora no.

Era un perro muy anciano, con orejas largas y un rostro tan arrugado que los ojos no se le podían ver.

El resto de la milicia se removió en los asientos, tal vez incómoda por esa desagradabilísima sensación que se tiene cuando uno presiente que puede haber trifulca. El viejo comandante de aviación no había utilizado el respetuoso término militar para referirse al superior. Pero el tipo estaba quieto y apuntaba con su hocico al león.

—Eras un cachorro cuando entraste a la milicia, y si yo te recuerdo a ti entonces tú me recuerdas a mí, porque fui tu profesor. Soy científico, ingeniero y gran maestro aeronáutico, las primeras dos desde hace cuarenta años, la última desde hace veintisiete. No soy un militar en el sentido estricto como el resto de ustedes, soy un hombre de ciencias.

Hubo silencio.

—He estado viendo esa cosa que flota encima de la ciudad con telescopios, bien de cerca, y me permito la vergüenza científica de referirme a eso como «cosa» porque no sé qué es. ¿Una nave espacial? Obviamente, pero no se mueve, no vibra, no hace ruidos, no emite vapor ni calor ni energía... y no lo detectamos al cruzar la atmósfera del planeta. Si fuera de metal, la entendería, pero francamente estoy en una situación de inferioridad científica porque no entiendo ni me explico cómo está haciendo para mantenerse en el aire. Pero está ahí y emite luces constantemente, y hace media hora uno de mis ingenieros descubrió que no es que haya decidido posarse sobre la ciudad y punto, sino que se encuentra sobre el punto matemáticamente exacto del centro de Solares.

Volvió a tomarse un tiempo para continuar, respirando con calma.

—Lo que te quiero decir es que los seres, o el ser, que habitan esa nave poseen, para decírtelo de una forma poco pomposa, tecnología superior a la nuestra. Por lo tanto y mientras aún sea posible explorar las opciones, te voy a dar mi opinión: no lo hagas enojar.

Al poco tiempo alguien tuvo algo que acotar, con vehemencia:

—¿Pero qué vamos a hacer si es hostil?

—No hagamos esa suposición todavía —intervino otro.

—¿Pero y si lo ES? ¿Faltan pruebas?

Se escuchó un fuerte manotazo contra la mesa, gesto que tal vez evitó que todos comenzaran a discutir al mismo tiempo.

—No podemos hacer nada ni decidir nada —exclamó otra enorme figura de ojos amarillos entre las sombras—. Lo que pase en treinta minutos exigirá decisiones que ahora no podemos prever. Hasta entonces, nuestro trabajo es esperar y pensar en todos los escenarios, y eso solo cruzando los dedos para ver si podemos adivinar lo que sigue. Es una nave espacial, señores, y si a los autores de nuestros cursos de estrategia para el combate se les hubiera ocurrido abrir un capítulo que versara sobre invasión extraterrestre, los hubieran echado de una patada en el trasero. Estamos ante lo impensado.

El león emitió un pequeño gruñido de aprobación.

—Que así sea. Vamos a esperar. Y Argos, no creas que voy a decidir atacar a la ligera un objeto que se encuentra justo encima de Solares —repuso, observando al perro anciano—. Solo sé que lleva pocas horas en este mundo y ya ha cometido treinta crímenes.

El león se levantó imperiosamente y miró el mapa, apoyando ambas manazas sobre los bordes de la mesa.

—¿Alguien tiene más datos?

Un zorro con unos lentes redondos levantó el brazo tímidamente.

La luz se reflejaba en sus anteojos. Su armadura era modesta en comparación a la de los demás.

—¿Teniente?

—Observando muy de cerca la... si tenemos en cuenta que de ella se desprende una cápsula, llamémosla «Nave Madre», vi que su superficie emite un esquema muy interesante de patrones que forman, a falta de otra palabra, algo parecido a letras, que desde luego, son muy extrañas...

Esperó varios segundos, como cerciorándose de que su teoría no ocasionara una inquietud general.

—...y estas letras no son coincidencia. Pues empecé a sospechar que los símbolos ERAN letras cuando varias de ellas empezaron a repetirse, la computadora ha procesado miles. En pocas palabras: creo que es un lenguaje, creo que se retroalimenta de información.

—¿Hay alguna forma de descifrar este lenguaje?

—Si mi teoría es cierta, entonces me temo que tiene más de trescientos millones de palabras (en comparación con el millón de palabras que tiene nuestro idioma). En definitiva: no, o al menos, no de un día para otro.

Un soplido de desaliento se dejó entrever.

—Es obvio —continuó— que esta criatura proviene de un universo de conocimientos y ciencia mucho más amplio que el nuestro en este plano o realidad. Amigos, yo siempre creí en extraterrestres, pero... no supuse que la brecha iba a ser tan grande.

El teniente se sentó y se acomodó los anteojos, observando a sus superiores con las manos entrecruzadas.

—¿Y si enviamos un par de helicópteros con juegos de luces para que le hagan señales?

Todo el mundo lo vio con mala cara.

—No tenemos ningún indicio de que el visitante se comunique por luces o que tenga la voluntad de recibir un sencillo mensaje. Y si así fuera, no querría enviar dos aparatos allá arriba arriesgándome a que les dijeran «Saludos: ¿son estúpidos?» en algún lenguaje galáctico.

—Entonces, ¿qué hacemos?

—Esperar —zanjó Belfegor, el león general—. Mientras tanto, y en vista a los terribles hechos de esta tarde, quiero que sigan evacuando a la gente del centro de la ciudad.

De pronto, un soldado raso apareció abriendo las puertas dobles de la sala, como un criminal del viejo oeste.

—¡General, señor! Alguien ha pedido hablar con usted de emergencia.

—¿Quién?

—El capitán de la policía de Solares. Dice... —echó una rápida ojeada al documento transcrito que llevaba entre las manos— que el visitante no fue avistado por primera vez hoy.

—¿Cómo?

—A decir verdad fue visto primero durante la mañana por dos jóvenes... Dicen que está relacionado con los meteoros que cayeron.



Ysaak ya estaba en el casco céntrico de la ciudad, pero su paso se había ralentizado enormemente.

Lo peor de todo es que estaba desesperado, y no le faltaba mucho para empezar a atropellar a la gente como siguieran sin hacer caso a la bocina de su motocicleta.

«SECTOR GALERÍA DE ARTE», rezaba el elegante cartel sujeto por dos postes.

Eso lo tranquilizó, si Cha'chat no estaba en casa, lo más probable es que se hallase ahí.

Más allá, cuando finalmente vio una oportunidad de acelerar, sucedió lo típico: un enorme camión se le atravesó por el medio. Le irritaba que todo el mundo estuviera conduciendo y al mismo tiempo mirando al cielo.

Hizo un amague, viró y consiguió rodear el camión por un borde. Pero ya justo dentro del sector de la galería (que no era muy ancho y, encima, estaba lleno de cientos de estudiantes de arte), su camino fue indefinidamente truncado. Bajó las piernas de los lados de la motocicleta y se puso en puntillas, buscando con la mirada.

La gente tenía opiniones encontradas respecto a la nave. Si bien la mayoría desechara absolutamente la idea de que pudiera pasar algo malo, una minoría suponía que, de ser hostil, el visitante atacaría con alguna suerte de misil supersónico o con un rayo de esos que forman hongos nucleares.

Ysaak, sin embargo, tenía una idea mucho más acertada de qué podía llegar a pasar si... —tocó el bolsillo de su pantalón y palpó la etiqueta «MADE BY PUMO»— Pumo desencadenada un ataque a gran escala.

«Los cubos, los cubos obreros».

Se los imaginaba desprendiéndose de la nave, adoptando formas muy diferentes. Ya no serían obreros ni maquinaria de construcción: ¿robots asesinos, grúas gigantes? Quién sabe, tal vez en vez de molestar, decidieran utilizar «aquello» que habían usado para abrir esos terribles cráteres en la selva, entreteniéndose al mismo tiempo en averiguar si era verdad que había petróleo cincuenta kilómetros debajo de Solares.

—¡CHA'CHAT! —llamó, con todas sus fuerzas.

Pero era como gritarle a una tormenta. Ni siquiera los superdotados

oídos de una pantera lo iban a escuchar entre la fiesta, los gritos, las risas, el asombro y toda la hueste de reacciones inhóspitas de millones de voces clamando al mismo tiempo.

Lo último que Ysaak quería era imaginar a Cha'chat en algún lugar inaccesible, sentado junto a otros artistas y con una copa de vino en la mano, reflexionando filosóficamente acerca del impacto social que tendría el histórico evento, esperando estúpidamente a que lo fulminaran.

Lo peor era que podía estar en cualquiera de los palacios, edificios o templos llenos de columnas y arcos, algunos abrazados por millares de lianas verdes y árboles, y otros conectados por puentes sobre lagos artificiales y fuentes que relumbraban como cristal ante las luces.

Todos los museos de arte estaban distribuidos alrededor del área. Por ahí, había un laberinto con obras de grafiti, por allá un coliseo, y en el casco norte había un campo de estatuas donde la gente se podía meter... Ysaak no podía más que sentirse aterrado.

Cuando ya había pasado demasiado tiempo buscando con la mirada de un lado a otro, resultó que lo habían encontrado a él.

—¡Ysaak!

La voz de Sagitta lo alertó, y para bien: lo acompañaban Cha'chat y Tabi.

Pasó una eternidad para que los cuatro llegaran a verse, aún separados por treinta metros de distancia y un millar de personas en medio.

—Me alegra verte aquí —dijo Cha'chat, colocando una mano sobre el tenso hombro de su protegido.

Tabi lo observaba fijamente, tal vez porque hasta ahora la había ignorado por completo. Sagitta se hallaba exaltado: sus ojos, que por lo general estaban entrecerrados y fríos, estaban encendidos, algo en él se encontraba prendido de emoción, lo que sucedía también con muchas almas en toda Solares.

La hermosa felina blanca, quien parecía esculpida en pos de complacer a alguna deidad faraónica, estaba vestida como si aquella fuera una noche para salir a un restaurante caro.

A Cha'chat, por su parte, no se le veía mayor emoción en su rostro cincelado por la experiencia y la vida, pero se le notaba que había estado pasando un buen rato, y sus ojos grandes y verdes estaban llenos de curiosidad. Desde luego, no tenía ninguna intención de salir corriendo.

—Tenemos que irnos de aquí —le siseó ferozmente.

La pantera lo observó con gravedad. Conocía ese tono de voz lo suficientemente bien como para saber que el cuerpo del chico no iba a ser lo tan fuerte como para contener el maremoto de salvajismo que tenía por dentro. Desafortunadamente, Sagitta no conocía a Ysaak tan bien:

—¿Pero para qué quieres irte? Cha'chat nos ha invitado a...

Todo sucedió muy rápido: Ysaak a veces le temía a Sagitta por el puro

hecho de que él podía ser mucho más felino en la manera vil que los felinos pueden serlo, pero en aquel momento entraban en juego muchos factores que convertían a Ysaak en un ser asustado y agresivo, al punto que podía hacer valer la realidad de la vida: como levantar a Sagitta con una sola mano y arrojarlo contra el suelo.

Le acercó la cabeza y lo interrumpió de golpe, diciéndole en una voz lo suficientemente baja como para pretender que la cosa quedara entre los dos:

—Ayer le tiramos piedras hasta cansarnos, y ahora aparece aquí, encima de la ciudad, ¿qué te parece que ha venido a hacer, idiota?

Sagitta se quedó viéndolo, con el mentón tenso. Tabi, a su lado, había abandonado su semisonrisa y su mirada de «Oye tonto, saludame».

Sería muy largo explicar qué opinaba Sagitta respecto a la reflexión de Ysaak, pues él se había hecho su propia versión de lo ocurrido. Para hacerlo corto, era algo así como que él creía que «el visitante» era en realidad uno de muchos otros «visitantes» que habitaban dentro de la nave madre, y él y su amigo no habían hecho otra cosa más que molestar a un simple patrullero que solo había querido «espantarlos» con una bola de demolición. Desgraciadamente, poco sabía él (y todos) que era el tigre quien tenía razón.

—¿Qué te sucede?

Ysaak sabía que no tendría paciencia para explicarle, eso era lo de menos, lo que le preocupaba era el tiempo. Levantó la cabeza y observó de nuevo a la pantera.

—Vámonos de aquí, por favor.

Miró de nuevo a Sagitta, y a Tabi, de una forma en que parecía pedirles perdón.

—Y ustedes, lárguense también. Váyanse lejos, lo más lejos que puedan.

La cara de Cha'chat reflejaba al menos dos docenas de preguntas, cada una de ellas bastante largas, y fue por ello que el tiempo, finalmente, se les agotó a todos...

La nave espacial, o al menos el pedazo de disco que se alcanzaba a ver desde ahí, sobresaliendo entre dos altísimos museos, empezó a emitir destellos...



Para el joven gato hacker, que veía con ojos solemnes al cielo, sin hacer otra cosa que ocupar las manos para mantener cerrado su abrigo, aquello parecía una lluvia de datos gigante, pero blanca, en 3D y vista desde adentro.

Para el leopardo que lo había estado viendo todo desde la azotea, en solitario, recostado en una silla de playa, parecía una cascada de cristales.

Para la joven leona que veía el fenómeno desde la ventana de la agencia de modelaje, junto con las demás, la cosa era como si la nave nodriza se estuviera desintegrando. Por un segundo, pensó que el visitante había sufrido un accidente.

Para los militares y su larga noche de tribulaciones, significó el momento de la verdad y para Ysaak, el sufrimiento de una predicción cumplida y el horror absoluto: los obreros volvían a descender y, a diferencia de la mañana anterior, esta vez eran miles...



La niña observó su propio reflejo a través del líquido lechoso de la superficie del cubo, que era tan grande como un armario. Su pequeño gorro de colores se reflejaba fantasmal frente a la superficie de lo que su infantil mente no tardó en apodar como «Aquella Cosa».

Luchó y perdió contra el impulso de levantar un brazo y extender un dedo para tocar a «Aquella Cosa»... Su guardián, ahí detrás, muy de cerca, la hacía sentirse cuidada, especialmente por la gran mano que cubría su hombro y que, con reservas, avalaba y daba sentido a la atmósfera de lo que parecía un pacífico encuentro presenciado por el mundo entero.

La gente hacía un círculo alrededor de ella, muchos rostros estaban iluminados en silencio por esa cautivante luz pulsante.

La punta de su pequeñísima garra apenas rozó a «Aquella Cosa». Su mente se hallaba plácida, pero pensaba que había algo en aquel líquido que parecía estar... Bueno, era difícil explicarlo, pero parecía estar... algo así como *vivo*.

Así que volvió a levantar el dedo, para hacer un segundo, tímido intento...

Tal cosa no hizo falta, puesto que una fuerza monstruosa la atrajo. La niña quedó atrapada como una mosca, en posición fetal, dentro del cubo.

El maremoto de gritos estalló, el rugido de guerra de su otosa fue acallado y él también se convirtió en víctima. Aquel oso hubiese sido capaz de voltear un camión, pero la fuerza contra la que pretendía luchar era sencillamente intransigente.

El agujero en expansión conformado por gente corriendo desde los cuatro costados volvió a ser un anillo fibroso y pequeño otra vez: era como una aspiradora atrapando hormigas. Más allá, al otro lado de la calle, un primo de «Aquella Cosa», que era todavía más grande, estaba haciendo exactamente lo mismo con su grupo de curiosos.

Cuando finalmente albergaron suficientes personas como para ser grotescos cubos hechos de grasa con gente adentro, la miel que quedaba entre los diminutos espacios entre los cuerpos perdió su solidez y, arrastrando a sus

presas húmedas, como medusas, empezaron a escurrirse por la calle, hasta encontrarse unas con otras.

Una vez que el humor viscoso del obrero A con el del obrero B se mezclaron en un beso fatal, empezaron a levantarse, haciendo una escalera caracol viviente que exhibía, morbosa, su cosecha «humana».

Las paredes se estiraron mecánicamente, subiendo hacia lo alto, en dirección a la nave.

La niña veía alejarse la calle, desde su punto de vista todo se hacía cada vez más pequeñito, hasta el grado en el que, después de un rato, fue consciente de que estaba abandonando la ciudad.

Y vio también a miles de personas: como si Solares se estuviera soplando la nariz desde muchas partes... Muros de personas con sus extremidades extendidas que, junto con ella, habían sufrido la misma suerte y se levantaban por algún poderoso campo de gravedad, similar a una imagen de viscosidad cayendo del techo, pero al revés.

«Otosa», pensó, antes de perder la conciencia.



A partir de ese punto, todo se redujo a un espectáculo de horror. La gelatina de tres o más cubos se unía entre sí para formar una suerte de rodillo gigante y arrasar las calles más grandes. Las personas que se hallaban dentro de los vehículos procuraban, en el paroxismo del terror, cerrar las ventanas, pero la materia rompía el cristal y recogía lo que estaba adentro como un oso hormiguero. Al cabo de un rato la gente subía, capturada en cantidades descomunales. Vista desde arriba, Solares era un amasijo de gritos.

Los tropas, la guardia y los soldados no esperaron la señal de ninguno de sus superiores para disparar: ninguno estaba dispuesto a explicar por radio lo que estaba pasando. Perderían la paciencia si la voz del superior, nublada a través de las rendijas del aparato, les pidiese que repitieran de nuevo qué estaban viendo y si estaban «seguros de ello».

Levantaron sus enormes armas, preparados para disparar ráfagas explosivas que dejarían a cualquier AK 47 del planeta Tierra en ridículo. Sin embargo, antes de rozar siquiera el gatillo, la mayoría se detuvo ante la voz de un simple soldado:

—¡NI UNA BALA, MALDITA SEA!

No era para menos: todo a lo que había que dispararle no era al enemigo, sino a un montón de gente inmóvil.

Un valiente tiró su rifle y corrió al frente; su idea, en un principio, fue excelente, por lo que muchos se le unieron.

Se subió sobre un auto y metió las manos en la lámina viscosa, intentando sacar de ella a una persona joven.

Decenas de mangas uniformadas se introdujeron dentro de la gelatina, haciendo lo mismo con otros cuerpos. La escena era deprimente, patética y, por sobre todas las cosas, horrorosa, bajo aquel cielo nocturno.

No pasó mucho tiempo, sin embargo, antes de que las maldiciones cundieran...

Era demasiado resbalosa. No importaba qué tanto aferraran una muñeca, una mano o un tobillo (más de uno sintió que le rompía accidentalmente un hueso a alguien)... Al final, se deslizaban de sus manos y seguían su camino en pirámides planas y desiguales, hasta bien arriba, donde los primeros ya solo eran, vistos desde ahí, como miles de puntitos desapareciendo dentro de las luces de la Nave Madre.

Cuando ya llevaban mucho tiempo empeñándose en hacer lo que ya sabían que era imposible, sus ánimos se volvieron añicos, y todo ante la mirada de las pocas personas que habían tenido la fortuna, por mero azar, de no ser abducidas, allá, rezagados, abrazados, temblando de miedo en las esquinas.

Entonces un soldado observó que por allá, a un costado de la avenida, ocurría un raro fenómeno: un cubo ocioso. Estaba estacionado debajo de un farol, sin hacer nada.

El lobo tomó su arma del suelo y, con mirada asesina, se apoyó la culata al hombro.

El chorro de fuego que despidió el cañón fue magistral: la metralla parecía un jet terrestre. El ruido hizo que los otros uniformados se dieran vuelta.

Se vieron entre sí y no tardaron en saltar desde los autobuses y los vehículos para tomar sus rifles y unirse.

Para cuando todos decidieron que ya había sido suficiente y en consecuencia bajaron sus armas lentamente, se llevaron una sorpresa: el cubo, que estaba lleno de metralla (como si hubiesen acribillado una gigantesca olla de látex), empezó a pulsar. Y comenzó a tirar los proyectiles igual que un bebé que escupe la compota.

El obrero espacial no mostró ningún indicio de daño: se hallaba intacto y puro, otra vez... Pero ahora con una pequeña diferencia: habían tenido la amabilidad de darle el empujoncito que el visitante «:3» le hubiera dado (aunque de un modo más sofisticado) de haber estado ahí.

Lo que vino después no hace falta narrarlo: lucharon ferozmente, se defendieron lo mejor que pudieron, pero al final y al igual que los civiles, perdieron la batalla y fueron arrojados por el horrendo humor.



Ysaak se hallaba agachado tras la moto. Su otosa también, y cubría a Tabi y en parte a Sagitta.

El silencio que sobrevino después fue tan gélido, que todos, desesperanzados, supieron sin haberlo visto que la batalla había sido perdida.

Y a pesar de eso —pensaría Ysaak, en otro tiempo, recordando este terrible día— fue gracias al ruido de la metralla que, posiblemente, «Pumo» decidió bajar, para ver qué estaba pasando.

Desde la cabeza de la Nave Madre, la cápsula se desprendió y descendió rumbo a la urbe, con cuidado de no tocar la complicada y entretejida carretera de gelatina llena de seres vivos que subía hacia su nave.

:3

Yóvedi estaba lleno de seres inteligentes, por eso, algunos jóvenes artistas que se encontraban escondidos detrás de un banco, temblando, no necesitaron una presentación para saber que aquella cosa que se aproximaba era el jefe del show, y el horror que sintieron fue tal, que ni siquiera su subconsciente les ordenó echar una miradita de curiosidad para verlo y quién sabe, dibujarlo algún día, si salían de esa...

Ysaak apenas vio cruzar rápidamente la cápsula sobre un museo, pero eso fue suficiente como para sentir que algo en sus entrañas desvariaba del miedo.

No quería analizar qué estaba pasando, no quería pensarlo, no quería hablar con nadie: solo quería la oportunidad de escapar, de irse lejos.

—Vámonos —susurró.

—¡Ysaak, no!

El chico se levantó y observó a Cha'chat.

—Vámonos en la moto.

Pero Cha'chat tenía que pensar no solo en su protegido, sino además en Tabi y Sagitta. No iban a entrar todos en una moto.

—¡Vámonos, maldición! —rugió, desesperado.

—Quieto y obedece.

Cha'chat giró la cabeza y vio un callejón que se abría paso entre dos palacios de arte antiguo que estaban al oeste de la plaza, pero más arriba de las esculturas de los dragones, que parecían ángeles y que adornaban las azoteas, se veían, ni tan lejanas ni tan cercanas, láminas de gelatina espacial levantándose al cielo, como salidas de una pesadilla. No quería cruzar la plaza, ir al lugar más oscuro del sector y llegar a tiempo para caer en la trampa. Lo olía.

Cruzó un brazo sobre los hombros de Ysaak y lo aferró. Tenían suerte de estar ahí, al menos de momento.

Eso, hasta el instante en que la pantera sintió que el pavimento temblaba y vio a un convoy de camiones militares derrapar desde el norte de la plaza, girar hacia el este, detenerse en la entrada de la calle (desde donde habían venido los disparos), bajarse y empezar a dispararle todos al unísono a lo que seguramente sería la cápsula de Pumo.

Estaban por convertir la plaza en el principal campo de batalla.

—Dios, por favor, no —susurró Cha'chat.

El silencio se rompió, los estudiantes empezaron a gritar, salieron de todos los escondites para correr desesperados y obstruyeron todas las salidas contrarias a la rotonda. El tronar de los tiros y los cañonazos ahogó los gritos...

—¡Al suelo! —ordenó.

...pero no tanto como el cañón de la cápsula en acción.

Todo lo que Cha'chat vio fue que algo disparado desde detrás de los edificios, desde un lugar que no podía ver, voló hacia los militares como una centella.

BA-BOOOOOOMMMMMMMMMMMMM

Sus tímpanos se saturaron y el característico pitido llenó sus orejas. Un camión en llamas atravesó volando la fachada de un museo y rompió todas las ventanas, otro cayó dando vueltas sobre alguna azotea y el último, sencillamente, se desintegró en el aire.

—¡Rápido, rápido! —le gritó un zorro enardecido a un chacal que venía corriendo con un lanzacohetes en la espalda.

Se tiro al suelo y caló el artefacto en la vereda. El compañero preparaba una carga desde la portezuela de atrás.

—¡Fuego!

El cohete se disparó, la lluvia de chispas los bañó, luego, el estallido iluminó de rojo a todos.

Los soldados gritaron, eufóricos.

—¡Le hemos dado! ¡Le hemos dado!

Pero pronto, esa euforia se tornó en angustia adornada por sus gritos de confusión entrelazados.

—¡Pero cómo...!?

—¡No!

BA-BOOOOOOMMMMMMMMMMMMM

Sagitta apenas alcanzó a ver una descarga de luz, seguida por algo que no habría podido catalogar como otra cosa más que un pedazo de «no existencia». El zorro y el chacal desaparecieron como sombras, junto con un enorme trozo de la pared sobre la que habían estado intentando ocultarse, pared que le hacía falta a una enorme galería de arte que, crujiendo, empezaba a desmoronarse, cayéndose a pedazos, mostrando sus costuras de metal.

Para empeorar las cosas, un tanque salió a la vista, atravesando una

nube blanca de escombros. De tan rápido que iba patinó por el suelo. La cápsula extraterrestre se aproximaba poco a poco, haciéndose visible para Ysaak.

Sagitta, por su parte, veía la escena con total incredulidad y cara de miedo.

Otro tanque había venido desde donde apareció el otro y a los pocos segundos un tercero saltó y se les unió, colocándose en un arco alrededor de la cápsula, este último muy cerca de Cha'chat y los chicos.

El visitante observaba los tres tanques y los sendos cañones de estos lo observaban a él, como en un duelo del oeste. No sabían que, al contrario de la dramática escena que para ellos representaba aquello, el extraño ser, por su parte, estaba pensando simplemente a cuál le iba a pegar primero.

:3

Por fortuna, la suerte le tocó al último del lado derecho.

El disparo hizo que el cerebro de todos se apagara por segundos, aunque la mayoría ya tenía las manos bien apretadas sobre las orejas.

La cabeza del blindado se despegó de sus soportes y, con cañón y todo, salió volando convertida en una ciruela blanda y ardiente, a la vez que el cuerpo (las ruedas, los engranajes y la correa) se deshacía como llevado por una bomba atómica. La visión resultaba estrambótica.

La suerte se había acabado, o al menos eso fue lo que pensó Cha'chat, quien ya tenía en mente mandar todo al diablo, tomar de la muñeca a su protegido y correr.

El tanque más cercano a ellos disparó el cañón. Si el empuje hubiese sido un poco más fuerte y la máquina hubiera tenido que retroceder dos metros más, habría aplastado las piernas de Tabi.

La navecita, a pesar de haber sido impactada directamente, no se movió ni un milímetro de donde estaba.

:3

El miedo que tenía Ysaak, seguido del apretón que le dio su otosa en la muñeca, lo hizo creer que ya era hora de escapar y provocó que de golpe se pusiera de pie. Su rostro sobresalía a un costado del tanque.

:3

El tigre respiraba agitado, asustado, observando al extraterrestre.

:3

Y de pronto el extraterrestre quitó la vista de su objetivo para devolverle la mirada.

:3

Y en vez de volver a mirar el tanque, se lo quedó viendo.

:3

Pensativo, como cuando alguien observa algo que le es familiar...

>:3!!

La cápsula se echó a andar hacia él...

Ysaak era un chico que podía decir, a sus diechiocho años, que no había desperdiciado un solo momento de su vida. No era de esos que se quedaban frente a la computadora quejándose de que no podían tener amigos o pareja por más que lo intentaran. Él había nacido con la luz del carisma, había sido agraciado por él, y también con el don de la inteligencia y la reflexión. Él era un joven de esos «que pensaba».

Fue por eso que tomó (sin poder siquiera ver a Cha'chat), la primera decisión de hombre de su vida... Por aquellos a quienes quería.

Saltó a la moto, la encendió de una patada y aceleró.

La cápsula espacial pasó al lado del tanque, chocándolo y echándolo a un lado, y se puso a perseguir al chico.



Ysaak entró por un callejón y aceleró de tal forma que la rueda delantera de la moto se levantó. Al alcanzar la salida viró hacia la izquierda, pero justo antes giró la cabeza, solo para ver cómo el vehículo espacial se asomaba por el resquicio de la pared de atrás... Entró a una avenida muy amplia... Su corazón bombeaba, sentía que los ángeles tocaban flautas.

«No puedo estar en un lugar muy abierto porque, porque... le voy a hacer las cosas más fáciles y...» Su mente retumbó con el recuerdo grotesco de «baboommm».

Esquivó las ruinas de un centenar de vehículos volteados y se metió por otro callejón. Lo mismo de antes: cuando estaba llegando al otro extremo, vio con desesperación que la cápsula de Pumo seguía sus pasos rápidamente asomándose por donde él había cruzado.

Lo que más lo asustaba era que una parte de sí mismo recordaba su infan-

cia, como una película. También lo asustaba imaginar qué estaría pensando su otosa en ese momento, qué estaría haciendo...

Hacia la derecha. Subió por el camino y se metió de vuelta a la izquierda por una nueva callejuela. La basura volaba tras el paso de sus ruedas. Ya no hacía falta que girase la cabeza: sentía que lo perseguían.

Otro giro. Veía las ventanas llenas de luz amarilla de los edificios a sus lados, parecían viñetas de un cómic. ¿Estarían llenos de gente? ¿Habrían sido atrapados ya?

Se dio cuenta de que no podía forzar más el manubrio, ya no podía hacer que la moto anduviera más rápido. La aguja golpeaba el lado derecho del velocímetro.

Miró hacia delante y observó con pánico que más allá se hallaba una salida a la autopista. Luego no había otro camino para volver hacia los callejones excepto uno solo, cuya entrada estaba del otro lado de ambas calles. Demasiado tiempo en línea recta... Justo lo que su perseguidor querría.

Pero eso no quería decir que se iba a dejar matar. Si moría así, que así fuera.

Cuando la calleja se terminó y salió por la autopista, un colosal rodillo de gelatina venía rodando hacia él; era una marea obscena de gente atrapada, que amenazaba con venírsele encima.

El chico levantó medio cuerpo e inclinó su nariz hacia adelante. Consiguió completar su proeza: alcanzó el callejón del otro extremo y se puso a salvo. A continuación, la cápsula espacial imitó el trayecto de Ysaak, pero hubo una diferencia: el rodillo gelatinoso se detuvo al instante, como si una fuerza omnipresente le hubiese puesto pausa, mientras la cápsula de Pumo pasaba de largo. Acto seguido, el maremoto viscoso entró en acción de nuevo, siguiendo de largo.

Aunque el visitante hubiese querido dispararle en aquel instante no hubiera podido porque la moto ya no se hallaba delante de él. En la oscuridad la luz trasera (que estaba jugando más en contra de Ysaak que a su favor), había emitido un destello y cruzado a la derecha.

El tigre bajó sus ojos azules y eléctricos hacia el panel. Dicen que cuando los males vienen, vienen todos juntos: no le quedaba combustible. Además, el juego del gato y el ratón no podía durar mucho más.

El ovni cruzó finalmente la esquina, la motocicleta había virado hacia el norte y estaba por cruzar de vuelta a la derecha, haciendo una U, para desembocar otra vez en la autopista. A partir de ahí, habría un tramo demasiado largo como para que Ysaak consiguiera algún otro recoveco.

Finalmente (pensó el extraterrestre, en su extraña conciencia), el chico había cometido un error, su mente se había quebrado.

Apuntando su cañón hacia adelante, la nave siguió el mismo camino que la moto: el callejón era negro, más allá se veían las luces doradas de la autopista elevada. Se escuchaba el ruido de helicópteros aproximándose



desde todas partes. Pero había un detalle: la moto no andaba corriendo a campo traviesa, lista para ser un blanco fácil... sino que estaba en el suelo, echando chispas.

La cápsula espacial se le vino encima de forma amenazadora, la inspeccionó muy de cerca, esperaba ver un cuerpo tirado en algún lado.

Justo cuando estaba a punto de virar, no para ver el montón de camiones militares que se habían apostado a los lados y que le apuntaban con armas (para Pumo eso era lo de menos), sino para ver dónde diablos se había ido el tigre, el extraterrestre se llevó una sorpresa horrible: Ysaak vino corriendo desde atrás y le saltó encima. Se subió con manos y patas sobre el cañón.

La nave se levantó, giró varias veces, se echó a un lado y luego a otro, y después zigzagueó, pero Ysaak mostraba los colmillos y tenía todos los pelos de punta, se movía como una anguila endemoniada, pataleando y echando garra a todo su poder salvaje.

El sonido debió ser un himno de júbilo, pero la verdad es que fue horrible: como cuando nos sacan una muela... Un crujido rocoso y carnívoro.

CROOOOSHHHHKRANCHH

Ante la mirada atónita de los militares, Ysaak había arrancado de cuajo el cañón del soporte y daba vueltas en el pavimento con él.

La nave se inclinó un poco hacia delante para que su dueño pudiera ver la escena: el tigre albino en el suelo, viéndolo ferozmente. Rápidamente se dio media vuelta y se fue volando rumbo al cielo, como la primera vez.

El tigre no recobró la calma aun cuando los soldados empezaron a hablarle y tranquilizarlo.

Lo tomaron de los costados y lo ayudaron a ponerse de pie.



Fue llevado en uno de los camiones del convoy, le habían colocado una manta sobre la espalda. Cuando por fin sus ojos se apagaron un poco y volvió a ser él mismo, cubrieron las magulladuras de sus brazos con vendas.

Una mujer soldado le susurraba cosas que lo sonrojaban mientras que, con un hisopo húmedo en una solución esterilizante, le tocaba una herida en la oreja.

La brisa helada sacudía la ciudad y mientras la lona del camión se movía, podía ver de a ratos Solares, que en el silencio parecía muerta. Faltaban algunas torres aquí y allá. El desastre había sido impresionante.

Quería celebrar la proeza más grande de toda su vida, más que todas las anteriores juntas en el campo de juego, más que todas las que tendría de ahí en más a nivel profesional en cualquier estadio o en su vida.

Él lo sabía muy bien: las felicitaciones vendrían y quién sabe hasta dónde podrían llevarlo... Pero al final no había nada que celebrar. Y para qué sentirse tan feliz al fin y al cabo, si posiblemente el problema de la invasión hostil no había hecho más que comenzar, después de todo...

La nave nodriza había abandonado los cielos de Solares y consigo se llevaba un buen pedazo de su población, quién sabe a qué rumbo...

Lo más importante para él, más allá de su jugada brillante, más allá de haber castrado la cápsula, más allá de haber detenido la invasión (como si todo eso no fuera mucho), era haber salvado a su otosa, al otro culpable de todo este desastre (Sagitta) y, desde luego, también a Tabi.

Si el visitante volvía a atacar... (acarició el bolsillo de su pantalón, la etiqueta MADE BY PUMO).

Al margen de la catástrofe, había un detalle que al menos a él le llenaba el corazón de calidez: ese día no morirían los suyos... Eso se sentía como haber aprobado todos los cursos y todas las materias y todos los semestres que había cursado, cursaba y cursaría, y haberse salido de todos los problemas de toda una vida.

No pudo evitar sentir satisfacción cuando escuchó al militar hablando por radio con el comando central, explicando lo que había sucedido, cómo un chico había hecho esto y aquello... Tenía ganas de contar la historia por sí mismo y era lo suficientemente suspicaz como para saber que lo haría hasta cansarse, en lugares que, en su secreta ambición juvenil, no esperaba aparecer sino hasta cuando fuera un atleta famoso. Hoy había hecho mucho más que ganarse sus quince minutos de fama.

—¿Dónde dices que está tu otosa, chico? —le gritó el conductor, con su voz apagada por el viento.

Y le contestó «en la Galería de Arte», Plaza de los Artistas.

Para allá iban. Cada vez que la lona se levantaba de a ratos, Ysaak veía partes que le resultaban familiares.

Cuando sintió detenerse el camión, le extrañó que el lugar estuviese en silencio.

Se bajó.

Los soldados bajaron tras él, desperdigándose, explorando el área.

Los dos tanques que había dejado atrás seguían ahí, pero con un detalle que lo asustó: estaban volteados, en posiciones raras. Las compuertas se hallaban abiertas. No había soldados dentro. Tampoco había estudiantes... Los recovecos que estaban llenos de gente escondiéndose ahora aparecían vacíos. Era fácil compararlo con un pueblo fantasma.

—¿Cha'chat? —llamó, en voz alta.

El suelo era un campo plagado de objetos personales, zapatos, pulseras, collares, relojes y otras cosas dejadas atrás.

Los soldados tras el chico ya tenían una idea bastante acertada de todo. Uno de ellos decidió no contestar el llamado por radio de un helicóptero que los alumbraba con una luz desde arriba, solo para que Ysaak no tuviera que escucharlo, o al menos, no así... Buscó en el suelo, sabía dónde había estado Cha'chat al momento en que lo había dejado. Y gracias a ello, logró guiarse, finalmente: lo primero que vio fue un collar dorado de Tabi y más allá, algunas cosas que olían a Sagitta y al lado, los anteojos, rotos, de su otosa. Al final, Pumo sí se había vengado.

—Cielos, chico...

Ysaak cayó de rodillas y empezó a llorar.

Pensaba en el momento que lo vieron por primera vez: cuando bajaron

por el cráter, le echaron piedras y lo hicieron molestar. Y a pesar de que las intenciones del visitante eran premeditadas y que sin dudas volvería a atacar muy pronto, Ysaak pensaba que todo aquello lo había causado él, que todo era por su culpa.

Sollozó desesperado, las lágrimas caían sobre sus manos lastimadas.

—Lo siento... —sollozaba—. Lo siento tanto, lo siento tanto...

Se hizo almohada con los brazos y apoyó la cabeza en el suelo.

La nave había desaparecido y ningún radar en Yóvedi fue capaz de localizarla... Aunque eso era no solo de esperarse, sino un tecnicismo: no la habían detectado al llegar y no la habían detectado al retirarse.

El poder militar no tenía demasiadas esperanzas de nada, ni tampoco una pista de adónde se había llevado el visitante a la gente.

A pesar de todas las promesas y las esperanzas que vendrían al día siguiente, Ysaak sabía, muy en el fondo, que Cha'Chat, Tabi y Sagitta no volverían nunca más.

Se habían ido para siempre. Y fue solo entonces, cuando tuvo ese pensamiento, que supo lo solo que se iba a sentir, con la brisa tocando su rostro y la silueta fantasmal de Solares sobre él.